

La Danza de las Horas

Carta abierta al señor general de división (y repartos agrarios) don Lázaro Cárdenas del Río

Por ALDO BARONI

SENOR general: por mi personal experiencia y los muchos detalles que sobre su personalidad me dio aquel gran amigo nuestro que se llamó Francisco J. Múgica, que de usted fue maestro y lo conocía como nadie lo ha vuelto a conocer después, este modesto servidor de usted se ufana de estar enterado a fondo de sus posibles acciones y reacciones en cualquier momento de la vida y de la Historia (entiéndase de la vida de usted y de la Historia de México). Confieso que estaba equivocado y que pecaba de presunción.

Nunca pude pensar, en efecto, que usted, cuyas recámaras conozco casi tanto como las llegó a aquilatar ese par de otros grandes amigos de usted que se llamaron Calles y Garrido, pero de quien también conozco el gran sentido de dignidad, rayano en la suficiencia, que lo caracteriza, se prestaría a avalar con su presencia de padrino la ceremonia del 20 de julio (como ya la llaman los cubanos, que se salvan siempre del ridículo con su gran sentido del humor), que acaba de tener su teatro en uno de los más solemnes lugares de Cuba, aquél donde nuestro común amigo Fatista levantó, en un sueño de grandeza, algunas de las mejores obras materiales de su régimen.

Yo me ufano de conocerlo a usted a fondo y sé que ese aspecto de solemnidad de ídolo tarasco que suele ostentar en público, tiene mucho de estudio. Usted es, en el fondo, un espíritu retozón, alegre, amigo de bromas que a menudo resultan un poco crueles. Nunca se me olvida aquella vez en que usted colocó algunos diarios sobre los pies de nuestro viejo, y por mí siempre muy querido "Pancho" Múgica, incendiándolos con un cerillo, en la espera de ver brincar, asustado, a su amigo y maestro. Se llevó usted un chasco entonces, porque Múgica, que en sus venas no tenía ni una sola gota de esa sangre negra que suele hacer del mulato un hombre nervioso e irregular en sus reacciones, se mantuvo estoico como Cuauhtémoc, y aún me parece que lo estoy viendo a usted, apurado, quitando las hojas encendidas de los pies del amigo inmóvil. Algo se le quemaron las manos entonces, y fue justo castigo.

Conozco, por haber sido testigo de ellas, sus bromas con los más adiposos y flojos miembros de su FUL, cuando los hacía saltar el bofe en marchas forzadas por terrenos que sólo su gran energía física podía vencer fácilmente, o los llevaba al borde de la asfixia siguiendo sus brazadas de tritón en alta mar, en risible esfuerzo "lambisco-neril", o los hacía tirar al agua desde el borde de la alberca desde la cual conversaban desprevenidos, y orgullosos, con usted. Hasta a ministros catálicos, envuel-

tos en abrigos y bufandas, los mandó su merced lanzarse al agua fría, en que usted nadaba como un pez, en duras mañanas de invierno, valido de su formidable contextura física. Hasta a un candidato a la Presidencia de la República mandó usted arrojar al agua, ¿lo recuerda usted? Fue en Manzanillo.

En muchas cosas, pero especialmente en eso de las bromas que demuestran un espíritu alegre y burlón, se parece usted a esos robustos personajes del Renacimiento, que renovaban los fastos de Mecenas con algunos de sus protegidos y le hacían a otros la vida imposible.

Al enterarme de que usted había aceptado desempeñar el papel de visitante estrella en la gran mascarada de Fidel Castro, en el acto pensé que detrás de ese inusitado aval había alguna de sus terribles bromas. Confieso que luego, al reflexionar, no vi la broma por ninguna parte. Allí no había ninguna broma y un solo embromado: usted mis-

mo. Lo cual, créame, sinceramente lo lamento. Porque usted, estimado general, quiere o no, es en la Historia de México una figura importante y no tenemos tantas, por desgracia, cuando menos en vida, para que podamos permitirles el lujo de hacer papeles impropios de su dignidad, de su autoridad, de su prestigio.

QUE un hombre de las indiscutibles condiciones históricas de usted, vaya a avalar con su presencia una de las farsas más grotescas de la historia de Cuba y de toda la América Latina, para reforzar una de las dictaduras totalitarias más frenéticas de todas las historias, la dictadura de un vesánico desorbitado, es cosa que nunca pensé ver y lamento haber vivido tanto para llegar a verla. Y si usted no cree, señor general, de esa vesania que diagnosticó hace más de dos años, lea, por favor, la entrevista de Julio Scherer García, con Fidel Castro, publicada en EXCELSIOR del domingo último.

De mí pueden decir que soy un viejo caduco y amargado, que vende su bilis al mejor postor. Pero Julio es un joven con marcadas tendencias izquierdistas, que todavía no ha tenido tiempo para echarse a perder, como a veces sucede con los octogenarios de setenta años, de mi tipo. La mayor acusación que han podido lanzar contra mí los turiferarios de Castro es la de que soy un octogenario, y ni en eso han acertado, aunque les agradezco la insolencia como augurio.

La entrevista de Scherer con Fidel, esos ochenta minutos pasados con un hablador frenético, agitado como un cliente de primera clase de una clínica para esquizofrénicos, es una obra maestra, una página de antología. Y a semejante vesánico, de peligrosidad internacional, le ha dedicado usted una de sus mayores sudadas (dicen las crónicas y lo demuestran las fotografías), y un discurso en el cual usted comete el gravísimo error de olvidar su propia historia.

Porque si usted, realmente, quiere a Fidel Castro, y lo admira —cosa increíble, por otra parte, porque usted nunca ha tenido instintos de

asesino al mayoreo—, lo único que usted podía haber hecho, si quería representar allí dignamente a la Revolución Mexicana, era cantar en alta voz la verdad: esa verdad que usted podía y debía haber sacado de su personal experiencia.

Si usted hubiera pensado en que de verdad representaba usted allí a México, al México de la Revolución, ese era su papel, el de consejero experimentado. Habló, en cambio, de México; pero más, mucho más en papel de Pre-

mio Stalin que como mexicano deseoso de devolverle a Cuba algo de lo que por acá nos dejó aquel gran cubano cuyo nombre ensucian con su saliva envenenada los delirantes del tipo Castro.

HE leído las crónicas telegráficas sobre la ceremonia en la cual usted permitió indebidamente que lo hicieran figurar como la auténtica representación de México, y mi mente voló veintiún años atrás, situándose en un ambiente que también se caracterizaba por su mucho calor, mucho sudor, mucha farsa grotesca, mucha palabrería hueca. El teatro de aquella farsa estaba en Yucatán. ¿Lo recuerda usted?

Como en La Habana de hoy, en la Mérida de 1937, también en un encendido mes de julio, se iba a llevar a cabo la redención de un territorio víctima de vieja dolencia colonial e imperialista, mediante el consabido reparto de tierras. No había el frenesí cubano, porque el yucateco es un pueblo serio, difícil de llevar al climax del histerismo; pero en los ojos almen-

drados y un poco estupefactos de los mayas, se leía la fe y el entusiasmo vibraba en los aplausos.
 Años, muchos años antes, en ese país que a ninguno otro se parece y en el cual los ríos se esconden debajo de la tierra, como para huirle al panorama de piedra caliza reseca bajo las mordidas de un Sol implacable; en ese país donde el hacer un baño era un esfuerzo heroico, y, sin embargo, todos se bañaban, un grupo de hombres selectos encontró una mina. La parte mejor del país, la más fértil, había sido asolada poco antes por una guerra de castas que hubiera hecho feliz a Lenin; el grupo buscó y encontró su mina en la parte más estéril, en el pedregal calizo de los cenotes y de los ríos subterráneos. Crearon una riqueza con el pensamiento, la acción y, al principio, con su poco de esclavitud de tienda de raya. Cuando la Revolución llegó a Yucatán, allí se encontró con los cofres repletos de ese tesoro. El tesoro que los hacen-

dados habían sacado de su imaginación, de su talento, de su trabajo. Verdad es que los mayas que trabajaban en los campos que las "plataformas" Decauville recorrían en kilómetros y kilómetros de vía estrecha, no iban a pasar temporadas en París, como lo hacían muchos hacendados; pero también es cierto que en Yucatán se había creado de la nada la industria más próspera de México y que por el Golfo navegaba una flota que nunca más hemos vuelto a ver nada igual, ni parecido. Y era una flota yucateca.

AQUELLA riqueza que había servido para darle la victoria a la Revolución, igualmente servía para mantener nuestro peso al nivel del dólar oro. Y llegó usted y prometió que aquella riqueza, que había estado entre pocas manos por más de medio siglo, se dedicaría a hacer la felicidad de todos los indios y mestizos que habían sudado entre las hileras del henequén, militarizadas y arma-

das con lanzas, y hubo ceremonias cívicas muy espectaculares, entre ellas una especie de ballet como el que los hermanos Castro Ruz escenificaron en La Habana: el ballet de la siembra, cultivo y corte del henequén, con las teas incendiarias que limpian el terreno, con el agujero que se hace en la tierra para sembrar el hijo del henequén, con el ítmico agacharse de la limpieza y, por encima de todo, con el frenético agitarse en el aire de miles de machetes, los machetes que figuraban cortar en el aire las pencas duras del verde agave, y que podían servir de advertencia a los inconformes, porque la hoja de acero que corta pencas un día puede llegar a cortar cabezas, esas cabezas que los hacendados, llenos de terror, agachaban mansamente, pensando ya en el destierro.

Menos de dos años después, aquellos mismos mayas que habían aplaudido con tanto entusiasmo al mesías de tantas promesas, que habían agitado en el aire y en honor de usted sus machetes afilados, se reunían en una hacienda para hacerlo a usted objeto de una de las más sonoras rechiflas de que un azorado "guache" haya sido objeto por boca de esos maestros del cultivo que son los yucatecos. ¿Por qué? Porque los hacendados que más valían, se habían desparramado por el mundo para llevar a otras tierras sus iniciativas, su capacidad de trabajo y esa imaginación que Dios sólo a pocos les concede, y sin la cual nada puede hacerse de provecho en el mundo. El imperialismo rusocomunista hace

viveros de hombres de imaginación y ciencia, y con ellos le dio la sorpresa atómica del siglo al imperialismo flojo, democrático e ingenuo de los Estados Unidos.

Porque el plan de reparto que todos esperábamos (hasta yo, a quien el conocimiento de tantos demagogos ha vuelto más desconfiado que un agiotista, me engañé), fuera una maravilla de previsión científica, era una improvisa-

ción más frívola que un ballet versallesco. Porque lo que se había distribuido no era la riqueza sino la miseria. Porque el cacicazgo, un poco familiar, de los hacendados, había sido trocado por el cacicazgo sin alma de una burocracia rapaz. Porque ya la gente empezaba a recordar con nostalgia infinita los años relativamente felices del "ánima de don Olegario". (Dato elocuente e irrefutable: antes de usted, el Estado de Yucatán producía a la nación muchos millones de pesos, por concepto de impuestos henequeneros; después de usted, el ejido henequenero le cuesta a la nación muchísimos millones de pesos cada año).

QUIEN le negara a usted valor personal, demostraría ser un calumniador cargado de torpeza. Usted tiene valor sereno y no le gusta andar con pistoleros. Tiene fe, una fe un poco vanidosa, pero robusta, en su personal magnetismo, que es considerable, y le gusta desafiar a las masas solo. Eso le ha dado siempre resultado, porque usted tiene buena madera de domador.

Pero cuando usted resolvió, poco más de un año después de la gran danza yucateca de los machetes, volver a Yucatán, que ardía en rebeldía, se hizo acompañar, caso inusitado, por su señora esposa. No quería dejar de ir porque usted es valiente; no quería ir acompañado por guardaespaldas; no quería que el furor yucateco —que es uno de los más lentos en producirse, pero también de los más peligrosos—, dejara mal parado al Jefe del Ejecutivo. Tomó, pues, la precaución psicológica de ir a desafiar la rechifla y el furor de la protesta, con acompañamiento adecuado. Nunca se escuchó rechifla igual en la tierra del Mayab como en esa segunda visita presidencial de usted; pero la integridad física del Presidente de la República quedó a salvo.

De la política no digamos nada, que del fracaso sonado de esa acción poco meditada

y para nada bien organizada, del reparto ejidal henequenero y otras improvisaciones semejantes, vino aquella famosa elección de 1940, idénticamente agitada y más sonora que una sinfonía de Beethoven ejecutada en clave de silbido, en la cual la mayoría popular no fue a votar por Almazán, ni en contra del entonces poco conocido don Manuel Avila Camacho, sino EN CONTRA de usted, señor general.

Esta historia contemporánea y biográfica pudo, debió usted habérsela puesto como ejemplo al hombre que está destruyendo a Cuba por comisión de Moscú y por su estado mental. Esta es la historia que todo México recuerda porque México no es, como Cuba, país de poca memoria. A Castro no le hubiera aprovechado para nada el sacrificio que usted hizo de su amor propio, invitándolo a hacer tesoro de su personal y presidencial experiencia. Castro es, aparentemente, un súcubo del Kremlin; cuando menos, lo que hace sirve a Moscú como le sirve un buen perro a su amo. Lo que sí ciertamente es, sin género de dudas —como lo demuestran sus actos, sus palabras, sus

visajes, sus muecas y sus trágicas payasadas—, es un loco. Pero el pueblo de Cuba no es loco. Tiene sus ataques de histeria, pero a veces atiende consejos. Creo que hubiera atendido un consejo de usted, que es uno de sus mitos. Perdió usted una buena oportunidad para actuar como un huésped agradecido. Figúrese no la perdió; algún día la historia de Cuba, la que no escribirán los barbudos analfabetos —aunque universitarios—, sino los rehabilitadores de la carnalada trágica, se lo agradecerá a don Pepe, y no olvidará la oportunidad que usted tuvo y desaprovechó, de callar o de decir la verdad.

Lamentando que usted haya sudado tanto en estos días, para tan poco, queda de usted s. s.,

Aldo Baroní.

POSTDATA. No olvide, señor general, que la protesta contra el reparto de la miseria henequenera sigue vigente hoy, veintidós años después, y que el frijol, que en 1937 valía unos 38 centavos el kilo, empezó desde entonces a subir y —gracias al sobregiro que se inició precisamente con el reparto henequenero—, seguiría subien-

do como todo lo demás, si no fuera por la CEIMSA, que es un buen paliativo, pero no un remedio. Desgraciadamente, a los errores de 1935-40 no se le ha encontrado todavía el

remedio, porque fueron económicos, y la economía es alérgica a la demagogia. Como usted hubiera podido, y debido, enseñarle a los cubanos...